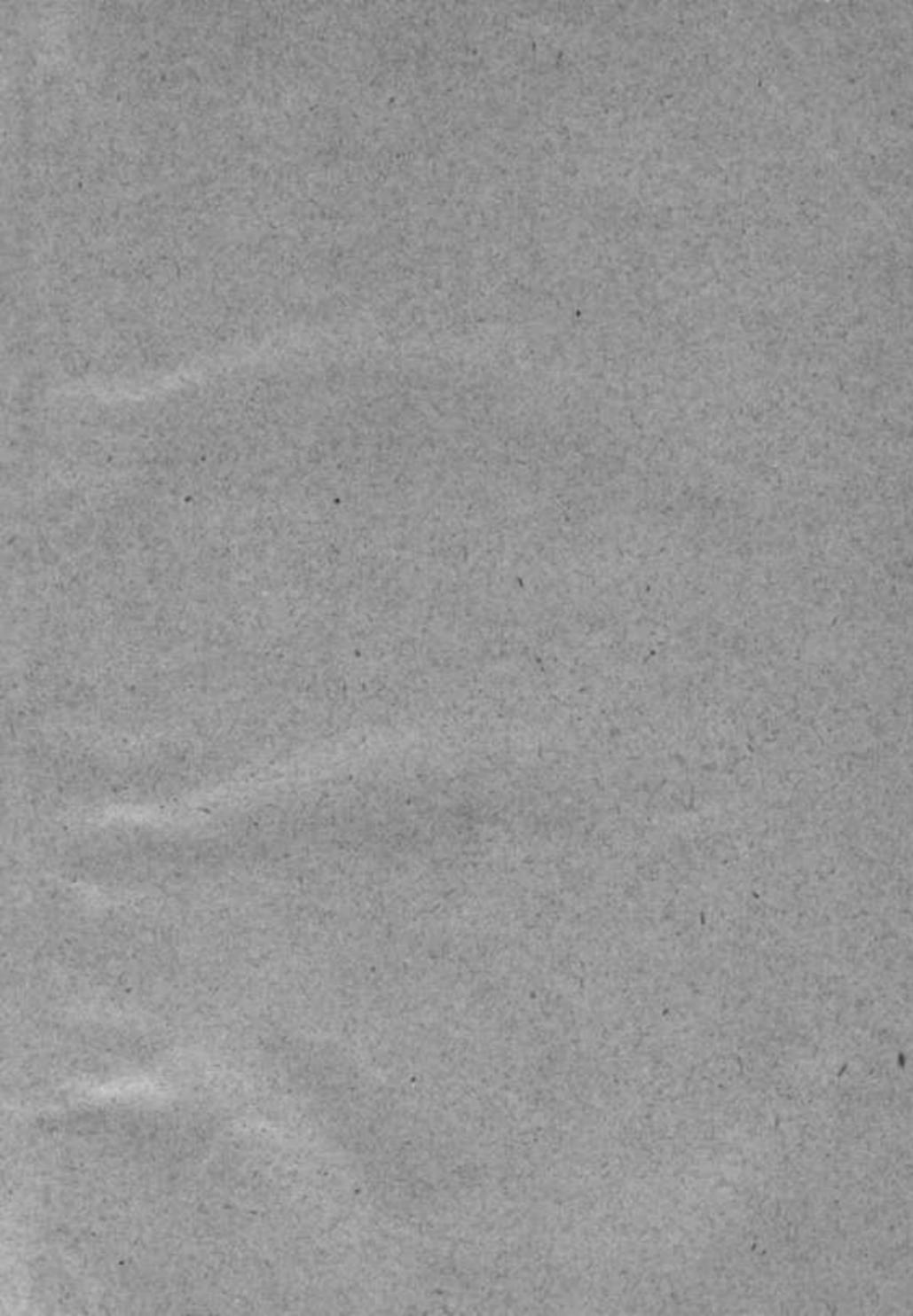


13









176

cole

COMPENDIO
DE LA
Vida de Santa Teresa de Jesús,
ACOMODADO Á LAS
INTELIGENCIAS INFANTILES,
POR
DON EDUARDO DE HUIDOBRO

*Obrita premiada en el Certamen literario nacional
celebrado por la Archicofradía Teresiana de Reus
en octubre de 1914*

Con licencia de la Autoridad Eclesiástica

IMP. «LA PROPAGANDA CATÓLICA», SANTANDER

1915

COMPENDIO
DE LA
Vida de Santa Teresa de Jesús

LEMA: *Ángelus cum corpore*

NOTA PRELIMINAR

Niños: quisiera contaros en pocas palabras y de modo que todos me entendiérais la vida de una mujer muy santa que hubo en España en el siglo XVI. Se llamaba Teresa de Jesús. Ya habréis oído hablar de ella alguna vez.

Es muy difícil haceros ver en pocas páginas quièn fué Santa Teresa de Jesús; pero me esforzaré para deciros algo de ella con toda la sencillez que pueda, y acaso consiga que alguno de vosotros desée leer, cuando sea mayor, unas historias muy largas y muy hermosas que hay sobre lo que hizo en este mundo y lo que hace ahora desde el cielo en favor de los que se encomiendan á ella esta gran santa española.



CAPÍTULO I

Dónde nació Santa Teresa.

Santa Teresa de Jesús nació en Ávila el 28 de marzo de 1515.

Ya sabéis dónde está Ávila: en el centro de España, no lejos de Madrid. Es una capital de provincia del reino de Castilla la Vieja.

Está en un sitio muy alto: no hay en España ninguna capital de provincia que esté más alta que ella. Así que es la que está más cerca del cielo.

Tampoco creo yo que haya en el cielo una española que ocupe sitio más alto que Santa Teresa.

Ávila es una ciudad pequeña, pobre y humilde, pero de gente llana, agradable, espa-

ñola y buena. Pobre y humildísima fué en este mundo Santa Teresa, pero muy amable con todos, muy sencilla y agradecida, muy española y... ¿buena?, mucho más que buena, santa, santísima.

Entre los buenos hay unos mejores que otros. Los mejores de los buenos son los santos. Entre los santos, aunque todos son admirables, hay unos que todavía son más admirables que otros.

Pues bien: entre todos los santos y santas que ha habido en el mundo, uno de los más admirables es Santa Teresa de Jesús.

¡Mirad si Ávila, la humilde Ávila, podrá estar satisfecha de que naciera, se educara y viviera allí gran parte de su vida Santa Teresa! ¡Y mirad si todos los demás españoles, como hermanos que somos de los buenos hijos de Ávila, tenemos también razón para alegrarnos de haber nacido en España, la patria de Santa Teresa!





CAPÍTULO II

Los padres de Santa Teresa.

El padre de Santa Teresa fué un caballero muy cristiano, muy caritativo y de mucho juicio; y la madre fué una señora muy piadosa, modesta y trabajadora, que sufrió con paciencia muchas enfermedades y murió cuando no tenía más que 33 años.

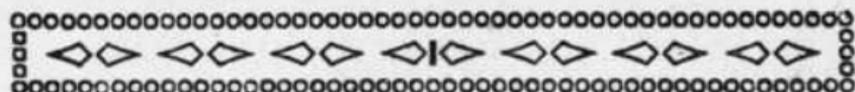
Tuvo Santa Teresa muchos hermanos. No salió malo ninguno de ellos. Tenían sus padres mucho cuidado de todos, y los enseñaban muy bien á ser obedientes, amables, ^{compasivos}compasivos, laboriosos y temerosos de Dios.

¡Oh niños, si viérais qué gran cosa es tener padres virtuosos!... Pero como no escogemos al nacer los padres y hay muchos hom-

bres que no son buenos, vemos todos por ahí no pocos niños infelices condenados á contemplar en su casa malos ejemplos y á asistir á escuelas laicas, donde aprenden á leer, escribir y contar, como también vosotros en las escuelas católicas, pero no les dicen nada de lo que más les importa, que es cómo han de conocer, servir y amar á Dios sobre todas las cosas y amar también al prójimo como se aman á sí mismos.

Oid lo que decía Santa Teresa: «El tener padres virtuosos y temerosos de Dios me bastara, si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me favoreció para ser buena.»





CAPÍTULO III

Lo buena y lo valiente que era ya Santa Teresa de pequeñita.

Cuando Santa Teresa era muy chiquitita, que no tendría mas de seis ó siete años, ya rezaba muy bien todos los días lo que le había enseñado su madre, y se encomendaba con mucha devoción á Nuestra Señora la Virgen María y á algunos santos.

Quería mucho á todos sus hermanos, y ellos la querían también á ella. Uno de estos hermanos, que se llamaba Rodrigo, era casi de la misma edad que Teresa. Jugaban juntos, y se entendían los dos muy bien.

Como sabían leer perfectamente y eran muy formalitos, leían unos libros de vidas de santos que había en su casa, y veían cómo á

muchos porque no quisieron ofender á Dios les arrojaron á las fieras para que los despedazasen, ó les cortaron la cabeza, ó los quemaron vivos. Hablaban de estas cosas á menudo los dos niños, como si fueran personas mayores, y decía Teresita á Rodrigo que cuánta suerte habían tenido estos santos mártires, porque los tormentos de esta vida, por grandes que sean, se acaban muy pronto, y la gloria y la felicidad del cielo con que los premió Dios por haber padecido la muerte por su amor, no se acaban nunca. La niña Teresa deseaba mucho dar la vida por Dios y ser mártir.

Rodrigo veía que tenía razón su hermana, y pensaba lo mismo que ella, que sería una cosa magnífica que los matasen á los dos por ser buenos y no querer cometer un pecado mortal ni siquiera venial aunque les ofreciesen todo el oro que hay en el mundo, porque así se irían en seguida á gozar para siempre en el cielo, donde todo es alegría y contento y descanso y hermosura y amor y felicidad.

Como digo, hablaban muchas veces de es-

to y tenían grandísimo deseo de que Dios los llevara á la gloria de esta manera.

Pero ya veían ellos que en Ávila ¿quién los había de matar, siendo tan buenos? Ni tampoco en el resto de España, porque ya habíamos echado de ella á los moros, y todos los españoles eran cristianos.

Discurriendo así, se les ocurrió que podían ir á buscar á los moros á su tierra, á África. ¡Gran idea! Los moros, con el odio que tienen á los cristianos, en cuanto los vieran les mandarían renegar de Nuestro Señor Jesucristo; se convencerían de que no renegaban ni por buenas ni por malas, y les cortarían la cabeza.

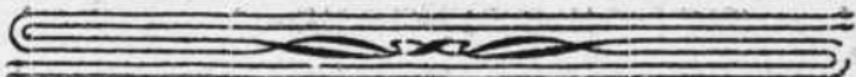
Mucho había que andar desde Ávila hasta África; los caminos eran entonces muy malos, y los pobres niños no tenían dinero ni para alquilar un borriquillo, ni aun para irse alimentando el tiempo que tardaran en llegar á tierra de moros. Pero poco á poco se llega muy lejos, y el que algo quiere algo le cuesta. Pedirían limosna al llegar á algún pueblo, y comerían los mendrugos de pan que les diesen las almas buenas por amor de Dios.

Dicho y hecho. Ahí tenéis á esos dos niños angelicales y valientes, Rodrigo y Teresa, que se levantan un día muy contentos, se salen de su casa, atraviesan la ciudad, entran en el campo y se ponen en camino de África.

No habían andado todavía mucho, cuando los encontró un tío suyo, les preguntó adónde iban, y cogiéndolos por la mano los volvió á su casa.

Su madre los riñó, porque andaba buscándolos hacia rato, y no daba con ellos por ninguna parte. Rodrigo echaba la culpa á Teresa, y decía que ella era la que había discurrido la escapatoria.

Entonces sus padres hicieron ver á la niña que se puede ir al cielo sin sufrir el martirio, y que debemos resignarnos á vivir en este mundo, que es el «valle de lágrimas» de que hablamos en la Salve, los pocos ó muchos años que Dios disponga, procurando en todo y siempre cumplir con exactitud y diligencia su santísima y adorabilísima voluntad.



CAPÍTULO IV

«Para siempre, siempre, siempre.»

Habéis de saber que Santa Teresa escribió en los últimos años de su vida unos libros muy hermosos, no para que la tuviésemos por sabia ó por buena escritora, sino por obedecer á sus confesores, que la mandaron repetidas veces escribir los grandes favores que la hacía Dios y algunas cosas maravillosas que el mismo Dios la enseñaba. ¡Qué bien hicieron en mandárselo! ¡Y ella qué admirablemente bien en obedecerlos! ¡Cuánta alegría le dará ahora en el cielo esta obediencia á que se sujetó en la tierra!

Bueno; pues en uno de sus libros nos dice Santa Teresa, aunque en muy pocas palabras, lo que os acabo de contar de cuando salió de

su casa con su hermanito para que la «desca- bezasen» los moros, y también otras cosas que la pasaron siendo niña.

Os diré ahora estas otras cosas, porque, como sois pequeñitos, son las que os han de dar más gusto. Luego escribiré un poco, muy poco, de lo que sucedió á nuestra santa cuando fué mayor. Hasta que no lo seais vosotros, no entenderéis regularmente lo principal que hizo Santa Teresa en este mundo. Por eso me detengo en referiros lo que sabemos de su niñez, porque esto sí lo entendéis; y si Dios me diera gracia para contaros esto poco de modo que me oyérais con atención, no dejaría de haceros provecho este librito chiquitín que estoy escribiendo para vosotros.

Como antes os decía, Rodrigo y Teresa, mientras fueron niños de seis á diez ó doce años, no se juntaban sólo para jugar, sino también para leer historias de santos y otros libros piadosos que les hacían mucho bien. Luego de leer, hablaban los dos de lo que habían leído, porque no leían para pasar el rato, sino para animarse á ser cada día mejores.

Teresa, que era muy lista, solía dejar pensativo y pasmado á Rodrigo diciéndole cosas muy buenas, así, por el estilo de estas, pero mucho mejor dichas:

—¡Ay, Rodriguico, que no somos para nada! ¡Y cómo al mejor tiempo se nos acaba en un decir Jesús (y aun plegue á Dios que podamos decirlo) esta vida por la que tan neciamente nos afanamos, como si hubiera de durar para siempre! ¡Oh, si mirásemos bien que no hay «para siempre» sino en la otra vida; que acá todo es ilusión y engaño; que tal amanece, á su parecer, contento, fuerte, respetado y poderoso, que aun no es llegado el mediodía cuando traban de su alma los demonios y se halla el triste sin saber cómo ni cómo no en lo profundo del infierno, afligido, angustiado, desesperado y miserable para siempre!... ¡Allá, allá está el «para siempre»! ¡*Para siempre, siempre, siempre!* ¡Locos! ¡Y cómo no acabamos de entenderlo! Espántame pensar cómo se nos va de las manos este breve y brevísimo tiempo de la vida, con el que á tan poca costa podemos granjear gozo y cielo para siempre

Pero ¿para qué me esfuerzo, pecador de mí, en remedar el estilo inimitable, candoroso y hechicero de la Santa? Niños míos, tomad en la memoria estas pocas palabras con que ella misma lo cuenta: «Espantábanos mucho el decir en lo que leíamos, que pena y gloria era para siempre. Acaecíanos estar muchos ratos tratando de esto, y gustábamos de decir muchas veces para siempre, siempre, siempre. En pronunciar esto mucho rato, era el Señor servido me quedase en esta niñez imprimido el camino de la verdad.»

Ya lo veis: tuvo cuidado cuando era niña de pensar muchas veces que los bienes, los gustos y la dicha del cielo son para siempre, esto es, que no se acaban nunca y nadie nos los quitará nunca; y que los males, los dolores, la tristeza, la rabia y la desesperación del infierno son también para siempre, que el que cae allí no puede salir de aquel horrible fuego jamás, que nadie es capaz de aliviar sus penas un solo instante y que no tendrá nunca ni siquiera el consuelo de esperar que pasando siglos y siglos llegue al fin un día en que sus

tormentos sean algo menos insufribles. Tuvo cuidado Teresa de pensar en estas grandes verdades, y Dios se lo premió, haciendo que se grabasen bien en su alma, que no se la olvidasen nunca, que tuviese siempre delante de los ojos el camino del cielo.





CAPÍTULO V

Los juegos de Santa Teresa.

En la casa donde vivía Santa Teresa había una huerta, y allí jugaban ella y sus hermanos.

Después que vió la niña que no tenía modo de cumplir aquel deseo tan grande que tuvo de ir adonde la matasen por amar á Dios sobre todas las cosas, empezó á pensar con gusto en hacer una vida retirada, para alejarse de los engaños y peligros que nos rodean viviendo entre los hombres. Hacía ver á su hermano Rodrigo que en cuanto fuesen mayores debían él y ella ser ermitaños.

Hoy hay muy pocos ermitaños; en otros tiempos había muchos. Los ermitaños viven en algún sitio solitario de un monte ó colina,

sin compañía ninguna y sin ninguna comodidad; se alimentan de lo que reciben de limosna, ó de frutas silvestres, ó de lo que recogen ellos mismos trabajando un pedacito de tierra del monte; se visten con un saco, piel ó traje de paño muy pobre y raído; duermen en el suelo de su choza ó ermita; se duelen con toda el alma de sus pecados y de lo mucho que ofenden los hombres á Dios, y piden muy de veras al Señor que se apiade de todos y ponga remedio á las necesidades de la Iglesia,

Figurábanse, pues, los dos hermanitos, estando distrayéndose en la huerta de su casa, que eran ya ermitaños; se retiraban á un rincón del huerto, y cogiendo piedras de un lado y de otro, comenzaban á hacer una ermitilla para cada uno. Cuando ya iba la obra algo adelantada, á lo mejor se les caía, porque no tenían cal, ó porque estaban las piedras mal colocadas, ó porque se las tiraba el viento; y se quedaban los pobrecitos un poco tristes de ver que tampoco podían ser todavía ermitaños.

Pero no por esto se desalentaban. Teresa,

en el mismo rincón de la huerta ó en un cuarto retirado de su casa, rezaba solita y con gran devoción muchas oraciones. Cuando tenía algún dinerillo, se lo daba á los pobres. Estudiaba muy bien lo que la mandaban; aprendía á hilar y á coser; procuraba ser muy obediente, y hacía muchas obras buenas por el amor de Dios.

A veces también jugaba con sus amiguitas. El juego que más le gustaba cuando se reunía con ellas era hacer conventos y figurarse que todas eran monjas é iban con sus hábitos al coro y cantaban los salmos.





CAPÍTULO VI

Se queda sin madre la pobre niña

Así pasaba esta santa niña el tiempo; así aprovechaba las horas, y huía del pecado como de la peste; así se iba haciendo de día en día más virtuosa, más buena y más semejante á los angelitos del cielo. ¡Cuánto la querían todos, y mucho más que nadie, como es natural, sus padres y sus hermanos! Pero muchísimo más, incomparablemente más que sus padres y sus hermanos, Dios nuestro Señor y la Virgen Santísima...

Pues si la quería Dios tanto—diría un majadero—¿por qué dejó sin madre á la pobre niña cuando ésta la necesitaba mucho?

Porque fué así, que tenía Teresa unos doce

años cuando se murió su madre. ¿Veis qué desgracia tan grande?

El mundo, hijos míos, está lleno de tontos y de ignorantes, que se ponen á pedir cuentas á Dios cuando á uno se le muere su padre ó su madre ó un hijo muy querido, ó bien cuando de la noche á la mañana nos quedamos sin un cuarto y sin manera de ganarlo, ó cuando nos ocurre alguna otra calamidad por este estilo.

¿Qué os parecería si un animalucho chiquirritín y asqueroso (por ejemplo. un escarabajo ó un piojo) pretendiera daros lecciones de contar y se empeñara en demostraros que dos y dos son veinte, y no cuatro? Pues infinitamente más ridículo y más estúpido es que el hombre más sabio del mundo se atreva á decirle á Dios que no ha hecho bien en mandarnos una desgracia.

Mirad lo que hizo Santa Teresa cuando se quedó sin madre: primero, llorar mucho, claro está, porque esta pérdida es de las que arrancan lágrimas hasta á los malos, cuanto más á una niña tan buena; en seguida, ó más bien,

al mismo tiempo, rezar por ella con todo el fervor de su alma inocente; y luego ponerse de rodillas delante de una imagen de la Virgen Santísima, y, llorando á todo llorar, suplicar muchas veces á esta misericordiosísima Señora y Reina del cielo que fuese su madre en adelante.

No pudo hacer cosa más acertada. La Virgen María es la madre de los pecadores, y mil veces ha salvado á los criminales más feroces cuando arrepentidos de sus maldades han implorado su protección; ¿no había de consolar inmediatamente y acoger con amor entrañable á la pobre Teresita? ¡Ya lo creo que la acogió, y la defendió siempre, y la colmó de favores, y cuidó de ella constantemente con un cariño sin límites!





CAPÍTULO VII

Libros inconvenientes y amistades peligrosas.

La madre de Santa Teresa había sido siempre muy buena, como os he dicho; pero tuvo una faltita: era demasiado aficionada á leer unas novelas que en aquel tiempo se leían mucho en España.

Novelas son unos cuentos muy largos, en los cuales pasan á lo mejor cosas muy extrañas ó de mucho entretenimiento, discurridas por el que los escribe.

Como Santa Teresa había visto que su madre se distraía de cuando en cuando leyendo estos libros, comenzó ella también á leerlos sin que la viera su padre, y la gustaron ex-

traordinariamente; tanto, que, á veces, no contenta con haberse pasado varias horas del día leyéndolos, en lugar de estar cosiendo ó estudiando, seguía todavía por la noche en su cuarto muy buenos ratos la misma lectura, en vez de echarse á dormir.

Cuando ocurría esto, iba ya siendo mayorcita, y era muy guapa, y sobre todo muy graciosa.

Hacía mal en leer aquellos libros, aunque no eran libros malos. Se distraía demasiado leyéndolos, y sin notarlo ella se la iban cambiando las buenas costumbres de la niñez. Empezó á cuidarse y arreglarse mucho el pelo y las manos, á perfumarse y ponerse trajes curiosos, para parecer más bonita. Además se hizo muy amiga de una prima suya muy presumida y habladora, que no pensaba más que en divertirse; y esta compañía la dañó mucho.

Vuestros padres, vuestros maestros, los señores curas y todas las personas que os quieran bien, de seguro que os aconsejan muchas veces que tengáis cuidado de huir de las malas compañías. Cuando os digan: «no me

gusta que andes con ese chico que estaba contigo el otro día», hacedlos caso, aunque ese chico os parezca bueno; y si se empeña en jugar con vosotros, decidle que no queréis jugar, y dejadle solo, y meteos en vuestra casa. Tened mucho aviso en esto; mirad que las malas compañías han llevado á muchos hombres y mujeres al infierno, y también á muchos niños y niñas.





CAPÍTULO VIII

Santa Teresa en el colegio.

Santa Teresa, como había sido tan buena y tenía un gran horror al pecado, no llegó á ofender Dios mortalmente ni aun en este tiempo en que ya no fué tan buena, tiempo que la duró como unos tres meses, allá cuando contaba catorce años; pero si hubiera seguido con aquella amiga y haciendo la vida que empezó á hacer entonces, hubiera acabado pronto por volverse mala y se hubiera ido al infierno.

Y esta no es una cosa que digo yo por decir y para meteros miedo, no. La misma Santa Teresa nos cuenta y asegura en el libro de su *Vida* que, bastantes años después, un día la hizo ver claramente Dios el lugar que

estaba preparado para ella en el infierno, si hubiera continuado por el camino que iba en los tres meses que os he dicho.

Afortunadamente, su padre y una hermana mayor, que no la perdían de vista, notaron á tiempo que Teresa se estaba echando á perder, y el padre la puso interna en un colegio de monjas agustinas que había en Avila.

Como estaba acostumbrada á cierta libertad, los primeros días que pasó en el colegio andaba disgustada. Pero la duró muy poco el disgusto, porque era de muy buen humor, y tenía un carácter tan abierto, tan sencillo y tan agradable, que en seguida se hacía querer de todo el mundo. Antes de los ocho días estaba ya más contenta en el colegio que en casa de su padre; y eso que entonces si alguna compañera le preguntaba si querría meterse monja, al momento respondía que no.

Las monjas del colegio eran muy santitas. Una de ellas, la que dormía con las colegialas, era muy lista, y como veía el buen entendimiento de Teresa, solía hablar con ella á menudo de la eternidad y del cielo, del enga-

flo que hay en los bienes del mundo y de los grandes gozos que da Dios en esta misma vida á los que se consagran enteramente á su servicio.

Así como aquella prima de que antes os he hablado hizo tanto daño à Teresa, esta monja y las otras monjas y niñas del colegio la hicieron muchísimo bien.

En la escuela os habrán enseñado, oh niños, unos refranes y sentencias que no debéis olvidar. Son estos: «Dime con quién andas, y te diré quién eres.» «Allégate á los buenos, y serás uno de ellos.» Santa Teresa nos lo enseña también con otras palabras: «Gran merced hace Dios (dice la Santa) á quien pone en compañía de buenos.»





CAPÍTULO IX

Santa Teresa se hace monja carmelita.

Año y medio llevaba en el colegio, cuando la dió Dios una gran enfermedad, y fué menester sacarla de allí y volverla á casa de su padre.

Luego que se puso buena, pasó una temporada fuera de Ávila, primero en una aldea, en casa de un tío suyo, y después en otro pueblo, donde vivía su hermana mayor, que ya estaba casada.

Su tío era un señor de buen talento y de grandes virtudes, que gustaba mucho de hablar de cosas santas y leer libros piadosos. Era viudo, y poco después se hizo fraile, y al cabo de unos años murió con mucha paz.

Santa Teresa, por darle gusto, le leía en alta voz aquellos libros buenos; y sobre lo que había leído, hacía él después unas consideraciones tan acertadas, que Teresa volvió á conocer mejor aún que cuando era niña lo pronto que se pasa cuanto vemos en el mundo, y que lo más conveniente y seguro es abrazar el estado religioso, es decir, despreciar las honras, riquezas y comodidades, renunciar á ellas, y vivir pobre y santamente, amando mucho á Dios y al prójimo, en un convento ó monasterio. En una palabra (para que lo entendáis mejor), que la entró el deseo de ser monja, que, poco á poco, fué deseándolo más y más, y que, después de pensarlo bien un día y otro día, formó la firme resolución de serlo, y se lo dijo á su padre.

Me parece que no hace falta decirnos cómo Dios nuestro Señor no quiere que todos los hombres seamos frailes y todas las mujeres monjas. A los que quiere el Señor que sean frailes ó monjas, les da un afán particular de serlo, y esto es lo que se llama vocación religiosa, y es un favor grandísimo de Dios.

Aquellos á quienes Dios concede esta inclinación, esta gran afición á la vida religiosa, deben, como lo hizo Santa Teresa, mirarlo primero bien y explicar lo que les sucede á su confesor y á otros sacerdotes entendidos y prudentes. Si hecho esto, se convencen de que, efectivamente, esa inclinación que sienten es la gracia preciosísima de la vocación religiosa, no han de cansarse de dar todos los días mil gracias á Dios, y por mucho que les cueste salir de su casa y dejar á sus padres y hermanos y dejarlo todo, han de hacerse valerosos y fuertes, y pedir con humildad y resolución que los admitan en la Orden religiosa adonde la inmensa bondad de Dios los guía.

El padre de Santa Teresa era ya viejo, y como quería con toda su alma á esta dulce hija suya, se resistió á concederla el permiso que ella le pedía para ser monja. Decía que ya iba á vivir poco, y que no le parecía bien que se fuera al convento hasta que él se muriese.

Obró mal: los padres, en persuadiéndose de que un hijo suyo tiene vocación religiosa, están obligados á dejarle que siga desde lue-

go esta voz de Dios. Y en estos casos los hijos deben obedecer á Dios, y no á sus padres.

Así lo practicó Santa Teresa. Sobreponiéndose al vivísimo dolor que la causaba dejar á su padre, se fué á un convento de monjas carmelitas, llamado de la Encarnación, que había en Ávila. Tenía entonces 18 años. «No creo será más el sentimiento cuando me muera (escribe la Santa) que cuando salí de en casa de mi padre, porque me parece cada hueso se me apartaba por sí.»

Este gran sacrificio de Santa Teresa se le recompensó Dios al momento con su acostumbrada é incomparable generosidad. El que no deja sin abundante premio un vaso de agua que demos por su amor, ¿había de permitir que Teresa no recibiese al punto la gran satisfacción y contento que merecía el heroico trabajo que la costó alejarse de su casa? No, por cierto. Así es que en cuanto se vió en el convento la Santa, sintió un consuelo tan grande, y una alegría tan hermosa y tan pura, que no cabía en sí de gozo; y este dulcísimo contento

de ser monja, ya no se le quitó nadie jamás en los 49 años que aún vivió en este mundo desde el día que entró en el monasterio de la Encarnación.





CAPÍTULO X

“Con la cera en los ojos”.

No vayáis á creer que en el convento hacía una vida descansada y regalona.

La gente del mundo no quiere saber lo que pasa en los conventos, y piensa que allí las monjitas se están mano sobre mano y tratándose lo mejor que pueden. No deja de conocer que vivir así, encerrado entre cuatro paredes, sería un aburrimiento; pero se figura que, en cambio, debe de ser muy agradable no tener que trabajar para ganarse el pan de cada día.

Ya os he dicho antes que el mundo está lleno de majaderos: lo iréis viendo muy bien cuando seáis mayores. No hay cosa que canse tanto como no hacer nada. El trabajo can-

sa también, y á veces se nos hace cuesta arriba tener que someternos á él; pero es un castigo que nos impuso Dios, y el que no trabaja, se fastidia y se embrutece de tal modo y se hace tan desgraciado, que, si tiene sentido común, no tarda en reconocer que la holgazanería le mata, y vuelve pronto á trabajar, por distraerse y por no poder sufrir la vergüenza que le da á él mismo no hacer en todo el santo día cosa alguna de provecho.

Las monjas saben muy bien que Dios nos manda trabajar, y trabajan, y tienen siempre el tiempo ocupado. Cortan, cosen y lavan las ropas de su uso y los paños y ornamentos de las iglesias; limpian, barren y friegan la casa; hacen su comida, cultivan y arreglan su huertecillo, etc., etc. Estad seguros de que no les falta nunca en qué ocuparse.

A Santa Teresa, desde el principio, la gustó grandemente emplearse en los oficios más humildes: barrer y fregar los cuartos, limpiar los retretes... en fin, lo más bajo y despreciable y lo más costoso, porque siempre andaba buscando ocasiones de mortificarse en todo para agradar á Dios.

Como era delicada, volvió á perder la salud ya en el primer año que pasó en el convento. La dió un mal de corazón gravísimo, que la hacía perder el sentido muchas veces, y al mismo tiempo la acometieron otros varios dolores y enfermedades.

Se puso tan mala, que los médicos de Ávila creyeron que no tenía remedio. Su padre estaba afligidísimo. Le dijeron que en un lugar no distante de la aldea en que vivía la hermana mayor de Santa Teresa, podría ésta curarse.

Fué allá la Santa con otra monja, porque las religiosas de la Encarnación podían salir del convento con permiso en casos como este.

Padeció horribilmente en aquel lugar con las curas que la hicieron, y además no halló ningún alivio.

Volvió á Ávila, al cabo de bastantes meses, peor que cuando la llevaron á la aldea. El dolor que sentía era á veces tan terrible como si con dientes agudos la mordieran el corazón. Estaba siempre con calentura; no podía atravesar bocado; sólo beber alguna cosi-

lla. Luego, con la gran debilidad en que había caído, se la encogieron los nervios, y comenzó á sentir desde los pies á la cabeza unos dolores tan continuos y tan espantosos, que no podía descansar un momento ni de día ni de noche. Y así pasó tres meses.

Pero todo lo sufría la Santa sin quejarse y con una tranquilidad y una paciencia admirables, pensando, como Job, que si recibimos de Dios los bienes, debemos también del mismo modo recibir los males que nos envía, que todos son para provecho de nuestra alma si los llevamos con resignación.

Un día, que fué el 15 de Agosto, fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, la dió un desmayo tan grande, que se quedó enteramente sin sentido y como muerta nada menos que cuatro días. La administraron la Santa Unción, y la tuvieron todos por muerta de tal modo, pasadas que fueron muchas horas sin que la enferma diera señales de vida, que la cerraron los ojos y la echaron sobre los párpados unas gotas de cera, como se acostumbraba hacer entonces con los muertos; y cavaron y

prepararon la fosa en que habían de enterrarla. El único que no se persuadió de que estuviera muerta, fué su padre, porque entendía algo de medicina y no cesaba de reconocerla muy despacio.

Estos cuatro días que estuvo de la suerte que he dicho, los pasó Santa Teresa como en un sueño deliciosísimo. Pero no fué sueño. Fué que Dios la mostró mucho de lo que había de hacer en este mundo, que había de morir santa, que su padre y una monja á quien ella estimaba particularmente y otras muchas almas se habían de salvar por su medio, y otras cosas, que todas se fueron cumpliendo al pié de la letra.

Después de aquellos cuatro días, pasó ocho meses quebrantadísima, con todo el cuerpo lastimado y encogido, sin poder mover brazo, mano, pie ni cabeza: «Solo un dedo (dice ella) me parece podía menear de la mano derecha». Daba pena verla.

Al cabo de esos ocho meses, empezó á mejorar un poco; pero todavía tardó tres años

en poder andar sin dificultad de un lado á otro.

No perdió un momento la paciencia, y estaba muy conforme con que Dios no la curase en toda la vida. Con todo, deseaba á veces ponerse buena para servir más á Dios. «Este es nuestro engaño (como escribe muy bien la Santa, hablando de esto): no nos dejar del todo á lo que el Señor hace, que sabe mejor lo que nos conviene.»

El bendito San José, á quien se encomendó mucho, alcanzó para ella la salud. ¡Qué gran cosa es ser devotos de San José! Conviene que sepáis algo de lo que nos dejó escrito Santa Teresa para animarnos á tener devoción á este glorioso Patriarca. Dice así: «No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer... No he conocido persona que de veras le sea devota y haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud... Paréceme ha algunos años que cada año en su día le pido una cosa, y siempre la veo cumplida: si va algo torcida la petición, él la endereza para más

bien mío... Sólo pido, por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse á este glorioso Patriarca y tenerle devoción.»





CAPÍTULO XI

Un ejercicio muy provechoso.

Si algún día os hallárais muy necesitados y miserables, y tuviérais ocasión de hablar con el Rey y pedirle que os socorriera y remediara, ¿no os acercaríais á él con el mayor respeto que pudiérais, y le expondríais vuestra desgracia con el corazón en la mano y las lágrimas en los ojos?

Pues mirad lo que va de un Rey de la tierra, por poderoso y respetado que sea, al Rey del cielo, al Rey de reyes, al que lo sabe y lo puede todo, al que sacó de la nada el mundo: el sol, la tierra, las estrellas y todo cuanto existe. A este Señor de los señores, que nos crió, que nos redimió, que nos alimenta, que nos da la vida,

que nos lo da todo, es á quien nos dirigimos cuando rezamos.

¿Cómo hemos de hablar con Él? ¿Cómo os parece que hemos de rezar? ¿Distraídos enredando, sin pensar para nada en lo que decimos?

Ya véis que no: que esto sería una desvergüenza intolerable. Hay que rezar con muchísima humildad, con profundísimo respeto, con toda la atención de que seamos capaces, pronunciando despacio las palabras, mirando bien lo que pedimos, considerando que nos dirigimos á Dios, que si es nuestro Juez, es también nuestro Padre, y finalmente, avergonzándonos mucho de ser tan malos hijos suyos, tan desagradecidos, tan ruines, tan infames.

—¡Ay, sí! (me diréis); así debe ser indudablemente; pero cualquier tontería nos distrae, y cuando lo echamos de ver, advertimos que hemos estado la mayor parte de la Misa ó casi todo el Rosario pensando en mil bobadas.

—Es verdad; pero yo os daré un remedio contra esto, y es el mismo que practicó Santa

Teresa y con el que consiguió verdaderas maravillas: la oración mental. Acostumbraos á tener todos los días, estando solos, un buen rato de oración mental, y no lo dejéis jamás.

La oración mental se tiene recogíendose uno á pensar que nos podemos morir en un segundo, sin más ni más, estando comiendo, jugando, estudiando ó durmiendo; que al momento de morir va la pobre alma al tribunal de Dios, y si está en pecado mortal, cae en el infierno para siempre; que la eternidad que nos espera en el cielo ó en el infierno, no se acaba nunca, nunca, nunca; que para librarnos del pecado y de estarnos muriendo sin acabar de morir en la otra vida por los siglos de los siglos, bajó del cielo el Hijo de Dios, y se hizo hombre, y nos enseñó con su palabra y con su ejemplo lo que hemos de hacer para salvarnos, y padeció por nuestro amor burlas, desprecios, desamparo, heridas y tormentos indecibles y el brutal martirio y la afrenta espantosa de la cruz.

Pensando y discurriendo cada día sobrestas y otras tremendas verdades que nos en

seña nuestra santa religión, y considerando lo mal que correspondemos á tantos beneficios como debemos al Señor, sentimos dolor de nuestros pecados, amor de Dios, conocimiento de nuestra bajeza y villanía, disgusto del mundo y deseos de emplear mejor el tiempo y de enmendar nuestra conducta en adelante.

De este modo, como os digo, se tiene oración mental, y todos los santos han cuidado mucho de tenerla siempre.

—Pero queriendo tener oración mental y poniéndonos á hacerla cada día, ¿no nos ocurrirá que se vaya también la imaginación por los cerros de Úbeda, y empezando á pensar en la muerte ó en el infierno, nos hallemos al poco rato *discurriendo* sobre si nos hace falta mandar á componer las botas?

—¡Sí; ya lo creo que sí! En esto, como en todo, hay que tener paciencia, muchísima paciencia. «La paciencia todo lo alcanza», como decía Santa Teresa.

Si pedimos fervorosamente á Dios que nos quite estas distracciones en la oración mental, y nos esforzamos nosotros por quitarlas, y en

vez de discurrir por nuestra cuenta sobre el amor de Dios, la pasión de nuestro Señor Jesucristo, la eternidad, la muerte, el juicio, el cielo y el infierno, tomamos alguno de los muchos libros buenos y aprobados por la Iglesia que tratan de estas cosas, y leemos en él con atención un cuarto de hora muy despacio, como quien aprende una lección difícil de Gramática ó Aritmética, poco á poco lograremos no distraernos nada ó casi nada.





CAPÍTULO XII

Un engaño del demonio
y muchos favores de Dios.

Pues por este camino tan seguro de la oración mental iba Santa Teresa aprovechando mucho, cuando el demonio la engañó, haciéndola creer que eso de la oración mental era para personas mejores que ella, y que ella tenía muchas imperfecciones y debía contentarse con la oración vocal.

¡Qué maldito es el demonio! Como la Santa era tan humilde, la cogió por aquí, por la humildad. El demonio es falso en todo siempre, y la humildad que aconsejaba á Santa Teresa era falsa también; porque todos los hombres somos indignísimos de hablar con

Dios y estar delante de Él meditando en su bondad, en su justicia y en su misericordia y pidiéndole mercedes; pero quiere el Señor que no olvidemos que es nuestro Padre, quiere que nos acerquemos á Él todos con confianza, quiere y nos manda á todos sin distinción que pensemos en Él á menudo y traigamos memoria de sus beneficios, para que así le conozcamos, y conociéndole le amemos, y le amemos sobre todas las cosas. ¡Como que este es el primero y principal de los mandamientos de su ley santísima!...

Murió por este tiempo muy cristianamente el padre de Santa Teresa. Se dispuso muy bien para morir. Santa Teresa le asistió con mucho cariño en su última enfermedad, y nos dice que cuando murió «quedó como un ángel».

Le había confesado poco antes un Padre dominico, llamado Fray Vicente Varrón. Este Padre oyó después en confesión á Santa Teresa, la dió unos consejos muy acertados, y la hizo ver que era engaño del demonio haber dejado la oración mental.

Desde entonces no la volvió ya á dejar nunca la Santa. Le costaba mucho hacer esa oración, como nos cuesta á nosotros; y estuvo muchos años cuando la hacía teniendo que valerse de libros de meditación espiritual, para no distraerse. Pero seguía, seguía adelante siempre, sin cansarse.

¡Y cómo la premió Dios esta constancia! Consolándola mil veces con consuelos dulcísimos, animándola y favoreciéndola regaladísimamente, dándola á cada paso ternísimas muestras de su infinito amor. Se le apareció y la habló innumerables veces nuestro Señor Jesucristo; la enseñó doctrinas admirables; la descubrió muchas cosas que andando el tiempo habían de suceder; la comunicó una firmeza y un temple más que de hombre vigoroso é intrépido para sostenerse sin turbación alguna en medio de los terribles trabajos, angustias, contradicciones y pesadumbres en que tantas veces se vió envuelta; la infundió un valor sobrehumano para despreciar y ahuyentar á los demonios, que se la aparecían en ocasiones con figuras horribles y más de una vez

la maltrataron y atormentaron furiosamente; y, por último, la dió el Señor una seguridad grandísima, tan incommovible y tan consoladora como Él sólo puede darla, de que sus pecados estaban perdonados y de que en saliendo de esta vida había de ser coronada para siempre en el cielo.





CAPÍTULO XIII

Los conventos que fundó Santa Teresa.

El amor que tuvo á Dios Santa Teresa fué de los más profundos y arrebatados que alma humana ha tenido jamás en la tierra; y, como acontece siempre, este amor iba acompañado de una pena intensísima de ver las continuas y horribles ofensas que los hombres infieren á Su Divina Majestad, y, por consecuencia, de un deseo ardiente y eficaz de reparar á costa de grandes y perpetuos sacrificios tantos y tan horrendos pecados.

Cuando vivía Santa Teresa, un fraile malvado, que se llamaba Lutero, hombre sin ventura, que fué juguete de las pasiones más feas que pueden enseñorearse de nuestro corazón,

causó incalculables daños á la Iglesia católica con sus perversas enseñanzas, con sus embustes, con sus calumnias, con su obstinación y con su orgullo sin medida. En él dió principio la herejía protestante, tan extendida hoy todavía por el mundo, al cabo de cuatro siglos.

Los protestantes creen que habiendo muerto nuestro Señor Jesucristo por nosotros, nos basta tener fe en Él para salvarnos, y no es menester que procuremos llevar una vida arreglada y conforme á los divinos mandamientos, porque los pecados, mientras no perdamos la fe, no nos impedirán la entrada en el reino de los cielos. ¡Qué enorme disparate! Pues con este y otros desatinos no menos groseros y bárbaros, Lutero, Calvino y unos cuantos hombres más, igualmente pecadores y malos, trastornaron y pervirtieron á miles y miles de personas en Alemania, en Suiza, en Francia, en Inglaterra y en la mitad del mundo. En nuestra España, gracias principalmente al santo tribunal de la Inquisición, hicieron poco daño.

¡Figuraos qué tormento causaría en el co-

razón de Santa Teresa, sobrenaturalmente traspasado de amor de Dios por un serafín, saber como sabía cuántas almas se estaban perdiendo y apartando de la Iglesia por aceptar los errores protestantes! Se consumía en deseos de poner algún remedio á esta espantosa calamidad.

Entonces, por inspiración de Dios, y después de muchos trabajos, fundó en Ávila un convento pequeñito y sumamente pobre, que llamó de San José, adonde ella y otras pocas monjas se retiraron á vivir con gran estrechez é incomodidad y á hacer áspera y rigurosa penitencia por los pecados de los hombres.

Los frailes y monjas del Carmen, que son antiquísimos, se habían gobernado en otro tiempo por una regla ó reglamento que hizo San Alberto. Según esta regla, tenían que practicar una vida muy dura y mortificada. Poco á poco se había ido suavizando bastante este rigor.

Santa Teresa estableció en su conventito de San José la regla de San Alberto, y pasó allí con otras doce monjas, todas muy santas,

cinco años, en los cuales todavía se hizo más perfecta y angelical que lo era hasta entonces.

Después, con licencia del Padre General de los Carmelitas, consiguió que San Juan de la Cruz y otro Padre muy bueno comenzaran á seguir también la regla de San Alberto, ejemplo con el cual se animaron más tarde á abrazar esta reforma otros muchísimos frailes de la Orden del Carmen.

Además, la Santa, dócil siempre á la voz de Dios, que se lo iba indicando, fundó en diversas partes de España (como Medina del Campo, Valladolid, Toledo, Salamanca, Sevilla, etc.) otros muchos conventos de monjas, exactamente iguales que el de San José de Ávila; para lo cual tuvo que vencer obstáculos y contrariedades que hubieran desalentado al hombre más decidido del mundo.

Cuando seáis un poco mayores os aconsejo que leáis la historia de estas fundaciones de conventos, que escribió la misma Santa Teresa. Es un libro muy curioso y entretenido, y verdadero hasta más no poder. Os gustará, y os hará mucho bien.

Desde el año 1562, en que acabó de edificar el monasterio de San José de Ávila, hasta el de 1582, en que fundó el convento de Burgos, que fué el año en que Dios nuestro Señor la llevó al cielo, como luego os contaré, anduvo la Santa ocupadísima de acá para allá, por los reinos de Castilla, León y Andalucía, fundando estos conventos de monjas carmelitas descalzas, que tanta gloria habían de dar á Dios, y escribiendo libros y cartas admirables con tanta naturalidad y llaneza, que parece que la estamos oyendo hablar cuando los leemos, y con tan alta y tan sublime doctrina en las partes ó capítulos donde trata del amor de Dios y de los grados de la oración mental, que bien se puede creer que movía su pluma el Espíritu Santo.

No sólo escribió estos libros y cartas, sino también algunos versos muy hermosos. Os copiaré esta letrilla que compuso, porque es magnífica y muy fácilmente la podéis tomar en la memoria. ¡Ojalá no la olvidéis nunca! Repetidla y rumiadla muchas veces, en especial

cuando os acontezca estar disgustados y tristes Dice así:

Nada te turbe,
Nada te espante,
Todo se pasa,
Dios no se muda.
La paciencia
Todo lo alcanza.
Quien á Dios tiene
Nada le falta.
Solo Dios basta.





CAPÍTULO XIV

Algunas virtudes y milagros de Santa Teresa.

Quiero ya concluir, porque temo mucho quebrantar mi propósito de ser breve. ¡Oh qué dificultoso es encerrar en pocas páginas una relación de la vida de Santa Teresa! Añadiré algunas otras cosillas á las que llevo dichas, y luego os referiré en pocas líneas cómo voló al cielo.

Algo os he contado de las enfermedades tan largas y terribles que padeció; pero habéis de saber que casi nunca tuvo salud cabal. Con frecuencia sentía agudos dolores de cabeza, de estómago, de ijada; y en medio de ellos, trabajaba como si estuviera buena, castigaba su cuerpo con cilicios y disciplinas, dormía

poquísimos, y eso poco sobre un montón de pajas, y andaba tan contenta, que nadie hubiera conocido la poca salud que tenía.

Pero sobre estos dolores y molestias del cuerpo, experimentó mil veces otros trabajos aún más pesados y costosos de soportar: contradicción de personas buenas, persecuciones injustísimas, aflicciones, desamparos y angustias tremendas en el alma. En muchas ocasiones, gente muy buena juzgó mal de ella, y la tuvo por hipócrita y hasta por loca y endemoniada. La Santa, en vez de entristecerse con estas cosas, se ponía alegrísima, porque todo su deseo era padecer por amor de Dios, á quien pedía siempre que no la faltasen dolores y pesadumbres, diciéndole: «Señor, ó padecer ó morir.»

Como su vida era más de ángel que de hombre y estaba tan despegada del mundo y tan abrasada de amor de Dios, á cada paso, en la iglesia, en su celda, en el huerto, en cualquier parte, tenía arrobamientos y visiones de indecible consolación; es decir, que se quedaba insensible y sin darse cuenta del lugar en

que estaba ni de lo que se hablaba ó hacía á su lado, con la cara llena de un resplandor celestial y enteramente pasmada y absorta, oyendo dentro de sí, y de un modo mucho más claro que con los oídos del cuerpo, la voz suavísima de nuestro Señor Jesucristo, y mirando, también dentro del alma y con una luz incomparablemente más hermosa que la que se nos entra por los ojos corporales, á la Sacratísima Humanidad del mismo Señor, ó á la Virgen María y San José y otros santos y espíritus angélicos.

A veces, en particular cuando comulgaba, se abstraía y alejaba del mundo de tal modo y se encendía é inflamaba de tal suerte con la llama del amor divino que ardía en su corazón, que sin que ella pudiera de ninguna manera evitarlo, se levantaba su cuerpo del suelo como media vara y se quedaba buen espacio de tiempo en el aire. Así la vieron no pocas veces multitud de personas. Cuando ella después advertía que todos habían visto esta señal exterior de su profundo arrobamiento, pasaba tan grande vergüenza, por el miedo que la entra-

ba de que la tuvieran por santa, siendo así que ella estaba persuadida de que era la mujer más ruin y pecadora del mundo, que no cesaba de clamar á Dios que, habiendo gente delante, no la hiciese nunca esta merced.

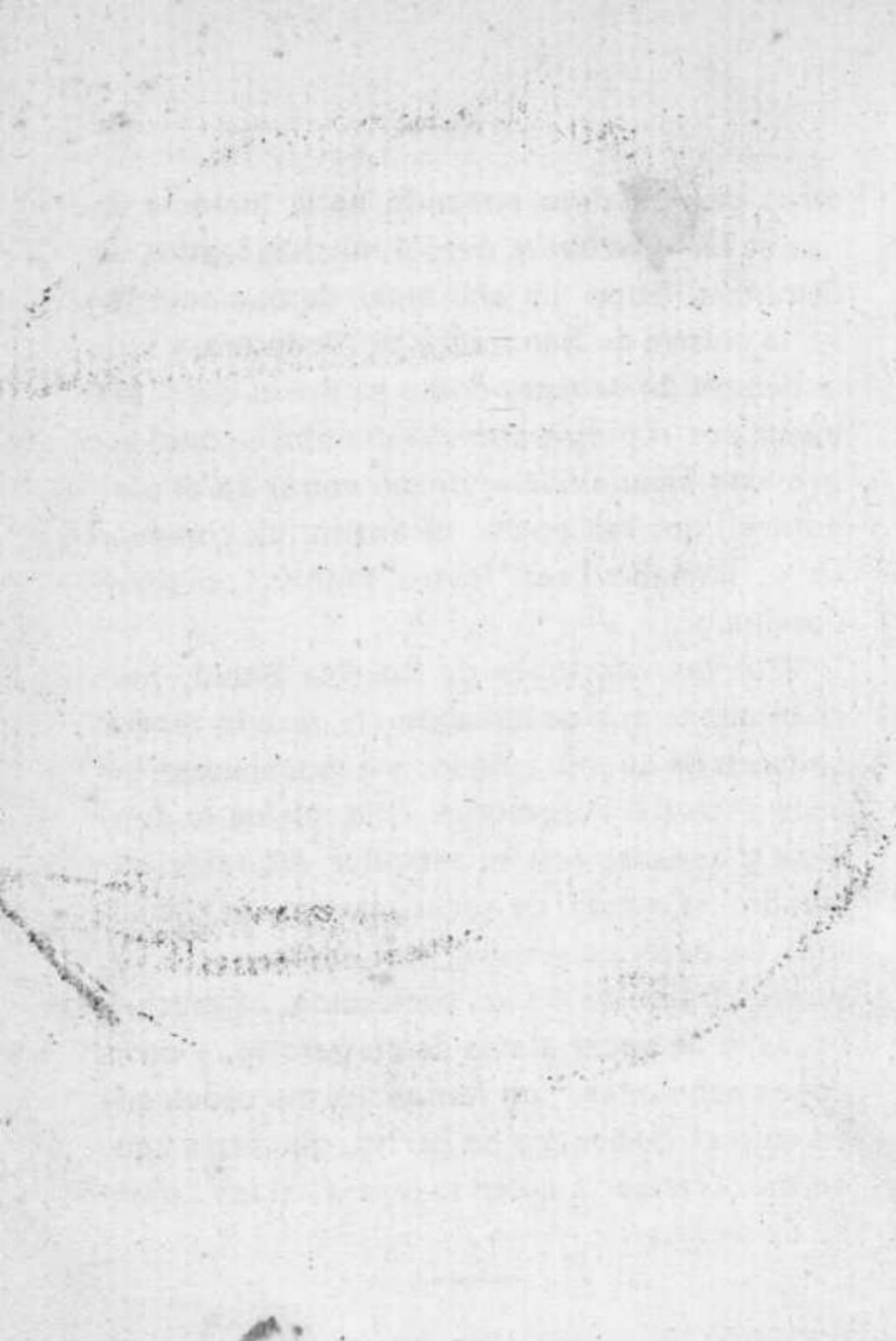
Hizo Santa Teresa, y sigue haciendo desde el cielo, muchísimos milagros. Cuando se estaba construyendo el convento de San José de Ávila, de pronto se cayó un pedazo grande de pared sobre un niño de cinco años, que era sobrino de la Santa, y le mató. Viendo Santa Teresa el desconsuelo de la madre, que era hermana suya, cogió en brazos al niño muerto, hizo oración por él y le volvió á la vida. Al poco rato, tornó el chiquillo á jugar y correr por allí, bueno y sano, y después vivió muchos años.

Otra vez, en Salamanca, curó instantáneamente á una señora que estaba muy enferma, con sólo ponerla su mano sobre la frente. Y lo mismo hizo en otra ocasión, en Medina, con una monja que padecía una grande calentura.

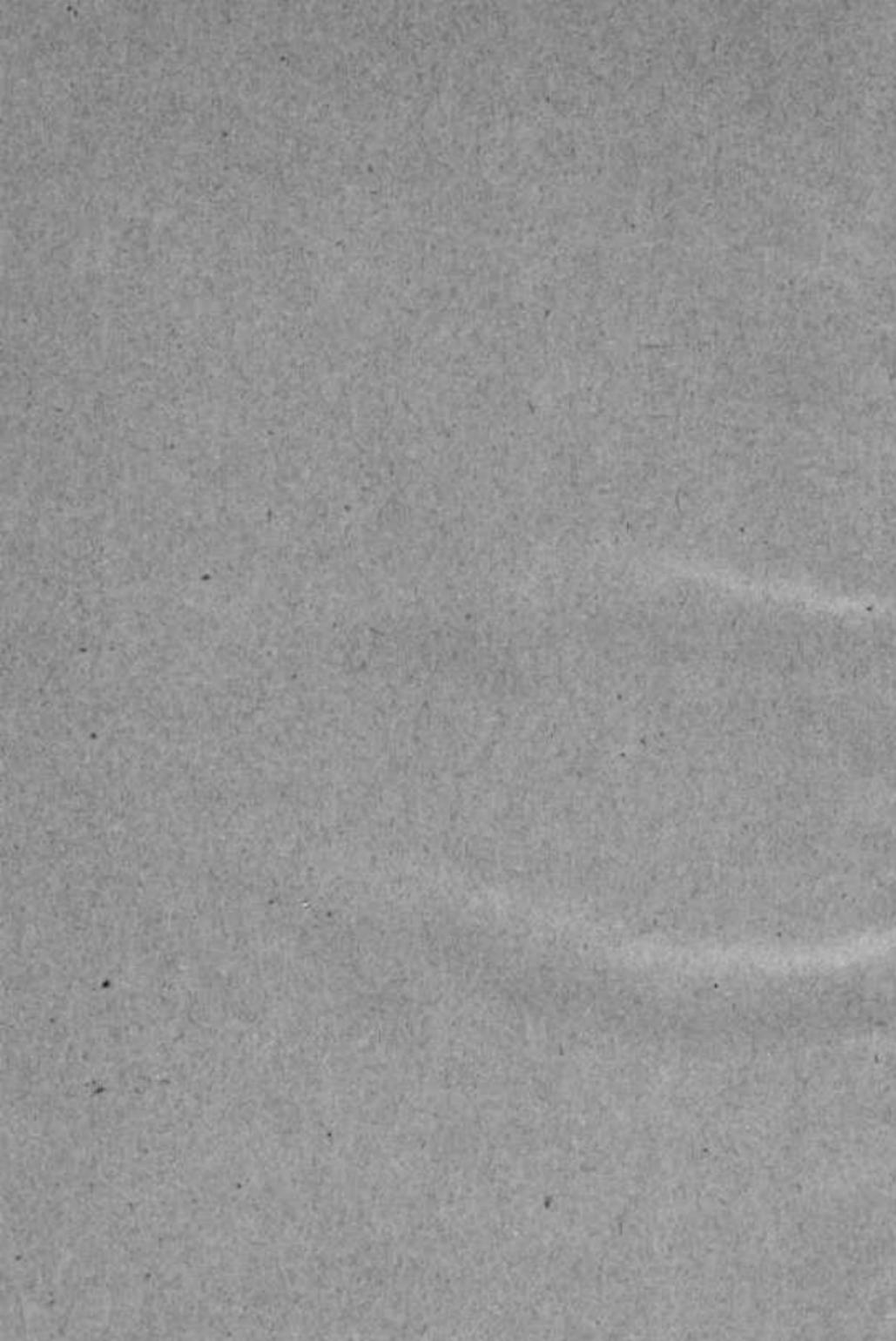
Reveló Dios á Santa Teresa muchas cosas que habían de suceder en el tiempo futuro, y

otras que estaban pasando en el instante en que se las descubría, pero á muchas leguas de distancia. Supo, un año antes de que ocurriese, la muerte de San Pedro de Alcántara, y vió, al tiempo de ocurrir, cómo se fué al cielo sin pasar por el purgatorio. Vió también cómo logró esta misma suerte de no entrar en el purgatorio, que tan pocos alcanzan, un confesor suyo, llamado Fray Pedro Ibáñez, religioso dominico.

Por las oraciones de nuestra Santa, muchas almas que se hallaban en pecado mortal salieron de su mal estado, y á muchísimas las sacó Dios del purgatorio. Ella misma lo confiesa y asegura con su sencillez adorable, diciendo: «En esto de sacar nuestro Señor almas de pecados graves, por suplicársele yo, y otras traídas á más perfección, es muchas veces; y de sacar almas de purgatorio, y otras cosas señaladas, son tantas las mercedes que en esto el Señor me ha hecho, que sería cansarme y cansar á quien lo leyese, si las hubiese de decir.»







MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa
de Jesús.

Número.....	2213	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante....	117	Precio de adquisición. »
Tabla.....	4	Valoración actual.....	»

2

221

ST. TERESA